

La romería de los secretos

por Fénix Auctore

Introducción

Permítame el benévolo lector que le aparte por un instante del agitado mar del mundo y le conduzca a un apacible y recóndito puerto: la villa de Valdeblanco. Enclavado entre los pliegues de una sierra morena, este pueblo es uno de esos benditos lugares donde la fe de los abuelos aún no se ha marchitado al sol impío de las nuevas ideas, y donde las costumbres, santificadas por los siglos, marcan el ritmo de los días con la misma invariable cadencia del sol y de la luna. Sus gentes, sencillas y temerosas de Dios, saben bien que la vida es un valle de lágrimas, pero también que la piedad y el trabajo honrado son el mejor bálsamo para las penas del alma.

Entre todas las devociones que adornan el calendario de Valdeblanco, ninguna es tan sentida ni tan solemne como la romería a la ermita de su patrona, la Santísima Virgen del Olvido. No piense el lector que se trata de un mero pretexto para el jolgorio y la mundana disipación; antes bien, es un acto de unánime fervor que, una vez al año, hermana en un mismo ruego al rico hacendado y al humilde jornalero. Todos, sin distinción de linaje o fortuna, se ponen en camino para ofrecer a su Madre celestial el más sincero tributo del corazón.

El nombre de la Señora, Virgen del Olvido, podría engañar al ánimo superficial. No acuden a Ella los fieles para echar un velo sobre sus culpas, buscando la comodidad de una conciencia adormecida. Acuden para depositar a sus plantas el pesado fardo de sus secretos y pesares con el corazón contrito, y alcanzar así, por su intercesión, el perdón divino que trae consigo el verdadero olvido: el olvido del tormento y de la zozobra del alma.

Acompáñenos, pues, el lector en esta jornada memorable, en la cual el cielo se dispuso a escuchar las plegarias de Valdeblanco. Veremos cómo, bajo el manto protector de la Virgen, las pasiones humanas, las penas ocultas y las alegrías más puras se entrelazaron en el sagrado camino a su ermita, demostrando una vez más que no hay secreto que no pueda ser redimido por la fe, ni corazón que no encuentre consuelo en la piedad.

Capítulo I: La víspera y el amanecer

Dos días antes de la festividad señalada, cuando el sol de la tarde doraba las tejas de Valdeblanco y alargaba las sombras de los olivos en las laderas, el pueblo entero se hallaba ya sumido en una afanosa diligencia. Era un gozo para la vista y un consuelo para el espíritu observar aquella comunidad entregada a los preparativos, no con el frenesí de las vanas celebraciones del mundo, sino con la alegría serena y el esmero profundo que inspira una devoción verdadera. Las fachadas de las casas, remozadas con una y hasta dos manos de cal reverberante, herían la vista con su blancura, sobre la cual resaltaban con gracia las macetas de geranios y claveles que toda mujer, por humilde que fuese, cuidaba en su ventana.

Por las calles empedradas corría un rumor constante de idas y venidas. Los hombres apuraban los arreglos de las carretas, engrasaban los ejes que chirriarían al día siguiente con un son de fiesta, y lustraban los arreos de las caballerías, que habrían de lucir más bizarros que nunca. Mientras tanto, el verdadero corazón de aquel hervidero de actividad latía en los patios y cocinas. Allí, las mujeres, reinas y gobernadoras de sus dominios, se afanaban entre harinas, aceites y almíbares. De los hornos de leña escapaban aromas benditos que se mezclaban en el aire: el olor a matalahúva de los pestiños, a canela de los roscos fritos y a la masa tierna de los hornazos, que llevaban en su centro, cual joya engastada, un huevo cocido.

Era curioso y edificante observar cómo se manifestaban las diferencias de fortuna en estos menesteres. En la casa de los Valcárcel, la más rica de la villa, de dos plantas y con soberbia rejería en los balcones, el trajín era grande. Criadas iban y venían por el zaguán con bandejas de plata cargadas de dulces y, en la cocina principal, la señora y sus hijas supervisaban la confección de manjares exquisitos, destinados no solo a la familia, sino a los convidados que habrían de acompañarlos. En las casas de una sola planta de los artesanos y labradores la alegría no era menor, aunque la abundancia fuese más medida. Cada familia preparaba su fardel con el orgullo del que ofrece lo mejor que tiene, demostrando que la devoción no se mide en fanegas de trigo ni en arcas de caudales, sino en la generosidad del corazón. Y, mientras trabajaban, las mujeres conversaban, compartiendo noticias, remedios caseros y alguna que otra pulla benigna, tejiendo con sus palabras esa red invisible de afectos y saberes que es el alma de un pueblo.

La tarde caía sobre el jardín de los Valcárcel. Ana, sentada en un poyo de azulejos a la sombra de un limonero, daba puntadas a un delicado pañuelo de batista. Sus dedos se movían con destreza, pero su pensamiento volaba lejos de la labor, saltando la tapia encalada para buscar, allá en las calles del pueblo, a un mozo llamado Javier. Su padre, don Pedro Valcárcel, hombre de semblante adusto y pocas palabras, cuya voluntad era ley en su casa, apareció en el umbral del jardín. Ob-

servó a su hija por un instante con esa mirada suya que no admitía réplica.

—Ana —dijo con voz grave—, he recibido carta de don Gonzalo, el de la finca de Los Alcornoques. Su hijo mayor, mozo de buena planta y mejor hacienda, vendrá a la romería con intención de conocerte. Espero que sepas mostrarte juiciosa y cortés.

Ana no levantó la vista del bordado, pero un temblor casi imperceptible recorrió sus manos. Su silencio y el súbito rubor que tiñó sus mejillas fueron toda su respuesta. Don Pedro, que no entendía de más razones que las del linaje y el patrimonio, interpretó aquella turbación como natural recato de doncella y se retiró, satisfecho. ¡Pobre hombre! En su orgullo de padre y de rico propietario no podía ni imaginar que el corazón de su hija ya tenía dueño, y que este no era otro que un honrado jornalero, cuyo único capital era la fuerza de sus brazos y la nobleza de su alma.

Al mismo tiempo, en el otro extremo del pueblo, Javier terminaba de reparar unos aparejos en el corral de su pequeña casa. El sudor de la jornada perlaba su frente, y sus manos, encallecidas por el trabajo, se movían con una precisión admirable. Era un mozo cabal, respetado por todos por su seriedad y su laboriosidad. Al acabar su tarea, se lavó en la pila y sus ojos se volvieron instintivamente hacia la torre de la iglesia, detrás de la cual se alzaba el tejado de la casa de los Valcárcel. Un suspiro brotó de su pecho, un suspiro que era a la vez oración y lamento.

Mientras estos dos corazones jóvenes sufrían los rigores de un amor vedado, otro corazón, ya marchito por los años y las penas, se preparaba en la soledad para su particular peregrinaje. En la penumbra de su casa, que siempre olía a cera y a membrillo, doña Elvira abrió un viejo arcón de nogal. De su interior, envuelto en un paño de damasco, extrajo el exvoto de plata que cada año ofrecía a la Virgen. La historia de aquel objeto era el secreto que había amurallado su vida. El narrador, que todo lo sabe, podría contar la historia de un cariño malogrado en la primera juventud, de una falta que las leyes del mundo no perdonan, y de una niña recién nacida dejada una noche de lágrimas en el torno de la inclusa. Desde entonces, el luto de doña Elvira no era solo por su difunto marido, sino por aquella vida que no pudo criar, y su ruego a la Virgen del Olvido era una súplica perpetua de perdón.

Y como en este mundo la farsa suele hacer vecindad con el drama, aquella misma víspera entró en la posada de Valdeblanco el personaje conocido en leguas a la redonda por el apodo de "El Chispa". Era un hombre de mediana edad, de mirada viva y una labia torrencial capaz de vender arena en el desierto. Traía siempre consigo un maletín de cuero lleno de frascos con un unguento verdoso al que llamaba "Bálsamo del Peregrino". En el patio del mesón, rodeado de un corrillo de curiosos, ya pregonaba sus virtudes. Más tarde, en la soledad de su cuarto, a la luz de un candil, se le vio mezclar con aire de sabio alquimista un buen pegote de manteca de cerdo con un puñado de romero machacado, mientras sonreía para sus adentros, pensando en la credulidad de las buenas gentes y en los reales que les sacaría al día siguiente.

No había despuntado aún el sol por la cumbre de Matacabrillas cuando la campana grande de la parroquia, con su vozarrón de bronce, rompió el silencio de la noche y anunció que el día grande había llegado. Su repique no era triste ni solemne, sino un tañido alegre, festivo y apremiante, que parecía decir: "¡Arriba, cristianos de Valdeblanco, que la Madre os espera!". Y Valdeblanco, obediente, se desperezó.

Poco a poco, las luces de los candiles comenzaron a titilar en las ventanas, y el pueblo entero se convirtió en un escenario de actividad gozosa. De las cocinas volvía a escapar el aroma del anís y el chocolate caliente, un desayuno fuerte para aguantar la caminata. Las gentes salían ya a la calle, luciendo sus galas de domingo. ¡Qué espectáculo de color y alegría! Las mozas, con sus vestidos de percal de vivos colores y sus mantones bordados; los mozos, con sus pantalones de pana nuevos, sus fajas rojas o negras y sus sombreros bien calados. Todo era un murmullo de saludos, de piporos y de risas frescas.

En la plaza, frente a la iglesia, se iban congregando las carretas, verdaderos altares rodantes adornados con flores de papel, cintas de colores y ramas de olivo. La más lujosa, sin duda, era la de los Valcárcel, cubierta por un toldo de lona blanca y con asientos mullidos. Cuando Ana apareció del brazo de su padre un murmullo de admiración recorrió la plaza. Estaba hermosa, pero una nube de melancolía empañaba el brillo de sus ojos. Desde el otro lado de la plaza, Javier la miraba, y en esa mirada se contenían todas las palabras de amor que sus labios no podían pronunciar.

Doña Elvira llegó poco después, una figura negra y silenciosa en medio de tanto colorido. Se dirigió directamente a la iglesia para hacer una oración antes de la partida. El Chispa, por su parte, ya había montado su tenderete portátil y ofrecía su bálsamo a voz en grito, asegurando que prevenía las torceduras del camino y aliviaba el cansancio del peregrino.

Finalmente, cuando el sol ya levantaba un par de palmos sobre el horizonte, el padre Damián apareció en la puerta del templo. Con voz clara y potente, dirigió una breve plática a sus feligreses y alzó la mano para impartir su bendición sobre la comitiva. Acto seguido, el hijo del alcalde, sudando de orgullo y responsabilidad, levantó el estandarte de la Virgen del Olvido. Un cohete restalló en el aire limpio de la mañana y, a esa señal, la procesión se puso en marcha.

La larga y vistosa serpiente de romeros comenzó a desfilar, abandonando el abrigo de las casas para adentrarse en el campo abierto. Iban primero los jinetes, seguidos del estandarte y el coro que entonaba la primera salve. Luego, la multitud de carretas, carros y peregrinos a pie, todos mezclados en un torrente de fe y alegría. Valdeblanco se ponía en camino, llevando consigo sus esperanzas, sus penas y sus secretos, para depositarlos a los pies de su celestial Patrona. El viaje, el verdadero viaje al corazón de cada uno, no había hecho más que empezar.

Capítulo II: El camino de las pruebas

El sol, ya dueño absoluto del cielo, derramaba sobre el campo andaluz una luz generosa y brillante que hacía cantar a las chicharras en los olivos. La polvorienta vereda, marcada por el paso de incontables generaciones de romeros, ascendía suavemente entre lomas cubiertas de un mar de plata y esmeralda, que no era otro que el follaje de los interminables olivares. El aire se llenaba con el son acompasado de las carretas, el tintineo de los campanillos de las mulas y, por encima de todo, las voces de los peregrinos, que habían trocado las conversaciones del principio por los cantos propios de la jornada.

¡Bendita sencillez la de estas gentes, que convierten en poesía el sentir de sus almas! Ahora entonaban con fervor una copla a la Virgen, de letra sencilla y música sentida, que volaba de boca en boca hasta formar un coro inmenso y devoto:

*Virgen del Olvido,
faro en nuestro mar,
guía a tus romeros
hasta tu altar.*

Ahora, en un arranque de alegría más terrenal, algún mozo de voz templada se arrancaba con una seguidilla pícaro o amorosa, que las mozas escuchaban con sonrojos y risas contenidas:

*Por esa vereda
va mi corazón,
detrás de unos ojos
que son mi perdición.*

El narrador, que ha visto mucho mundo y conocido muchas gentes, puede asegurar que no hay en los salones más elegantes ni en los teatros más afamados una música que llegue al alma con la pureza de estos cantos nacidos del pueblo. Son la expresión genuina de una fe que no necesita de artilugios y de un sentir que no conoce la doblez.

Mas, ¡ay!, que hasta en el campo más florido medra la mala hierba, y en la comunidad más piadosa no falta nunca la lengua ociosa y maledicente. En un carro que avanzaba a paso tardío, iba sentada Antoñona, mujer de pocas carnes y lengua larga, cuyos ojillos negros y vivaces parecían tener el don de estar en todas partes. Nada escapaba a su escrutinio, y su mente, ayuna de buenos pensamientos, era experta en torcer la intención más inocente y en encontrar agravios donde solo había

sencillez. A su lado, su comadre Jacinta, mujer simple y de pocas luces, le servía de eco y de auditorio.

—Míralos, míralos, comadre —cuchicheaba Antoñona, haciendo un gesto con la barbilla hacia la carreta de los Valcárcel y hacia el lugar donde caminaba Javier—. Él no le quita ojo, y ella se hace la que no mira, pero bien que ladea la cabeza para sentir su presencia. ¡Mal fin pueden tener estos fuegos, Jacinta, mal fin! A don Pedro no le ha de gustar que un jornalero le ronde a la niña.

—Mujer, quizá solo sea devoción —aventuró Jacinta, con más bondad que ingenio.

—¡Devoción! —resopló Antoñona con desdén—. La devoción la llevan en la cara, pero el diablo les anda tentando en el corazón. Ya verás, ya verás cómo antes de llegar a la ermita hay algún tropiezo. El orgullo es mal consejero, y el amor de los pobres, atrevido.

Y así, mientras unos cantaban y otros rezaban, la víbora de la murmuración comenzaba a serpentear por el camino, buscando un corazón incauto donde clavar su diente y emponzoñar la limpia alegría de la romería.

A mitad del camino, en una hondonada fresca donde crecían los juncos y los adelfos, se encontraba la Fuente de los Azares. Era parada obligatoria para todos los romeros, un oasis de agua fresca y sombra agradecida donde hombres y bestias reponían fuerzas antes de acometer el último tramo de la subida a la ermita. El lugar era un cuadro bullicioso y lleno de vida. Las gentes desenganchaban a los animales para que bebieran en los pilones de piedra, mientras las familias extendían manteles en la hierba y daban cuenta de las primeras vituallas.

En medio de aquel agradable desorden, Javier vio su oportunidad. Con el pretexto de llenar su botijo, se acercó al grupo donde se encontraban los Valcárcel. Su corazón le martilleaba en el pecho con una fuerza que amenazaba con delatarlo. Con un respeto que desarmaba, se dirigió a una de las criadas:

—Si las señoras gustan, el agua de este caño es la más fría y la más fina.

Ana, que había sentido su proximidad antes de verlo, alzó la vista y sus miradas se encontraron por un segundo. Fue un instante, un relámpago, pero en él se dijeron todo lo que callaban. Don Pedro, ocupado en una conversación con otro propietario, no reparó en la escena. Javier, envalentado, llenó un vaso de latón y se lo ofreció directamente a Ana.

—Para el calor del camino, señorita.

Las manos de ambos se rozaron cuando ella cogió el vaso, y una corriente de fuego pareció recorrerles las venas. Ana bebió un sorbo, más por no desairarlo que por sed, y, al devolverle el vaso, él deslizó en su mano una amapola silvestre que llevaba escondida en el cinto.

—Que la Virgen te oiga, Ana —murmuró él, tan bajo que solo ella pudo escucharlo.

—Y a ti te guarde, Javier —respondió ella en un susurro, apretando la humilde flor en su mano antes de ocultarla entre los pliegues de su vestido.

La escena, fugaz e inocente, no había pasado desapercibida para los ojos de halcón de Antonia.

—¡Lo que yo te decía, Jacinta! —siseó a su comadre—. ¡Descaro y atrevimiento! ¡Darle flores a la vista de todos! Esto hay que contárselo a don Pedro, por el bien de la honra de esa muchacha.

Mientras el drama del amor y la ponzoña de la envidia se desarrollaban en un rincón, la comedia de la picaresca ocupaba el centro del escenario. El Chispa, viendo la multitud congregada, decidió que era el momento de cimentar su fama de sanador. Un carretero se quejaba amargamente porque su mula, la mejor de su recua, se había torcido una pata y cojeaba lastimosamente.

—¡No tema nada, buen hombre! —exclamó el Chispa con aire de autoridad—. ¡Para eso está aquí el Bálsamo del Peregrino!

Se acercó al animal con una solemnidad teatral. Murmuró unas palabras ininteligibles, hizo un par de pases mágicos en el aire y, con gran aparato, aplicó su unguento en la pata de la mula, aprovechando para darle un masaje que, en verdad, alivió momentáneamente al cansado animal.

—¡Déjela reposar cinco minutos, y la verá usted andar mejor que una potra recién nacida! —sentenció.

Y, en efecto, pasado el breve descanso, la mula, más por el reposo que por el unto, apoyó la pata con más firmeza y caminó con menos cojera. Un grito de asombro y admiración brotó de los presentes. "¡Milagro!", gritaban unos. "¡Es un santo!", decían otros. El Chispa vendió en diez minutos todos los tarros de su maletín, y su bolsillo tintineó con una música de monedas que era para él la mejor de las alabanzas.

Apartada de todo aquel bullicio, sentada sobre la raíz de un añoso alcornoque, doña Elvira observaba la escena sin verla. Su mirada estaba fija en la familia del panadero. La panadera, mujer robusta y de risa franca, repartía trozos de hornazo entre sus cinco hijos, que alborotaban a su alrededor. El panadero la miraba con un cariño que se le salía por los ojos. Eran el vivo retrato de la felicidad familiar. doña Elvira apretó en su mano el frío exvoto de plata y un dolor agudo, antiguo y conocido, le atravesó el corazón. Aquella mujer feliz, aquella madre rodeada de sus hijos, tenía su misma edad. Y el alma de la viuda se llenó de preguntas sin respuesta y de un anhelo tan profundo que le robó el aire y le llenó los ojos de lágrimas que nadie vio.

La parada tocaba a su fin. La comitiva se preparaba para reanudar la marcha hacia la ermita, donde a cada cual le aguardaba su propia verdad.

Capítulo III: La ermita de las verdades

Tras la última y más empinada revuelta del camino, apareció por fin ante los ojos de los romeros la humilde ermita de la Virgen del Olvido. No era un templo suntuoso, de esos que levanta el orgullo de los hombres, sino una construcción sencilla, encalada con una blancura casi celestial que refulgía bajo el sol de mediodía. Se alzaba en una pequeña explanada, rodeada de olivos centenarios cuyos troncos retorcidos parecían viejos penitentes arrodillados en perpetua oración. Un silencio reverente, apenas roto por el trino de algún jilguero, envolvía el lugar, y parecía que el mismo aire estaba impregnado de una paz que no era de este mundo.

La llegada de la comitiva rompió, aunque no de forma irreverente, aquella quietud. La explanada se llenó de vida y de un murmullo gozoso. Se instalaron tenderetes que ofrecían turrón, avellanas garrapiñadas y refrescos de agua, limón y azúcar, pues el cuerpo, aunque siervo del alma, también reclama sus fueros. Las familias buscaban la sombra de los olivos para descansar del viaje, y el ambiente era de una alegría franca y expansiva, una alegría de gentes que han cumplido con su deber y se disponen a recibir su premio espiritual.

Pero cuando la pequeña campana de la ermita, colgada en una modesta espadaña, lanzó al aire sus tres toques de llamada a la Santa Misa, todo aquel bullicio cesó de inmediato. Las conversaciones se apagaron, los tratos se interrumpieron y un fervoroso recogimiento se apoderó de la multitud. Las gentes comenzaron a entrar en el sagrado recinto con una compostura admirable. El interior de la ermita era aún más humilde que su exterior. Unas paredes desnudas, un suelo de ladrillos gastados por las pisadas de siglos y un techo de vigas de madera oscurecida por el tiempo. Al fondo, en un pequeño retablo de madera dorada, ajado por los años, se encontraba la imagen de la Virgen del Olvido, una talla sencilla, de rostro dulce y melancólico, que parecía acoger con sus brazos abiertos todas las penas de sus hijos.

Los Valcárcel, por su preeminencia, ocuparon el primer banco. Ana arrodilló su pena y su esperanza ante el altar, con los ojos fijos en la Madre de Dios. Allá al fondo, de pie junto a la puerta, entre los gañanes y los mozos de labranza, se quedó Javier, cuyo corazón latía con una mezcla de amor y de temor. Su humildad no le permitía avanzar más, pero su devoción era tan grande o más que la de los que ocupaban los primeros puestos. En un rincón oscuro, casi oculta tras una columna, doña Elvira se arrodilló sobre el frío suelo, y su rostro desapareció entre las manos en un gesto de infinita congoja. Hasta el Chispa, deseoso de mantener su reputación, entró en la ermita y adoptó un semblante de piedad tan exagerado que resultaba casi grotesco. El templo estaba lleno a rebosar; el pueblo entero, con sus grandezas y sus miserias, se postraba ante su celestial Patrona.

Subió al púlpito el padre Damián. Era un anciano de cabellos blancos y rostro surcado de arrugas, en el que se leía la historia de una vida entera dedicada a Dios y a sus feligreses. Su voz,

aunque no potente, era clara y penetrante, y tenía el don de llegar directamente al corazón de los oyentes. Tras santiguarse, comenzó su sermón, y un silencio tan profundo se hizo en la ermita que se podía oír el zumbido de una abeja que se había colado por una de las ventanas.

—Hijos míos, amados feligreses de Valdeblanco —empezó con tono paternal—. Un año más nos congrega la fe ante nuestra amada Madre, la Virgen del Olvido. Y yo os pregunto: ¿qué venimos a buscar aquí? ¿Qué anhela nuestra alma al emprender este camino? Algunos, engañados por el nombre, creerán que vienen a pedirle a la Virgen que eche un velo sobre sus faltas, que olvide sus yerros para que ellos puedan seguir viviendo con una conciencia tranquila. ¡Grave error! A la Madre de Dios no se le pide que olvide el pecado, sino que nos alcance el perdón para él. Venimos a suplicarle que nos ayude a olvidar la pesada carga de la culpa, el tormento del secreto, la amargura del remordimiento. Y ese olvido, hijos míos, solo se alcanza a través de la verdad y la penitencia.

Cada palabra del buen sacerdote caía sobre los presentes con el peso de una verdad irrefutable.

—¡Ay del que funda su vida en el orgullo! —continuó, y su mirada pareció detenerse un instante en el primer banco—. ¡Ay del que se cree más que sus semejantes por la hacienda que posee o por el linaje del cual procede! El orgullo es una venda que nos pone el demonio en los ojos del alma para que no veamos nuestra propia miseria. Nos hace despreciar la virtud humilde y adorar el becerro de oro de las vanidades del mundo. Olvidamos que ante Dios no hay ricos ni pobres, sino solo almas, y que un corazón honrado en un pecho humilde vale más que todos los tesoros de la tierra.

Don Pedro Valcárcel se irguió en su asiento, con el ceño fruncido, sintiéndose aludido por aquellas palabras. Ana, por el contrario, sintió que una luz de esperanza se encendía en su alma y buscó con la mirada a Javier, que escuchaba con la cabeza baja, conmovido.

—Y ¡ay también del que vive encadenado a un secreto! —prosiguió el padre Damián, y su voz se tornó más suave y compasiva—. La mentira, hijos míos, es un veneno que corroe el alma lentamente. El engaño, aunque sea para medrar en la vida, acaba por volverse contra el embustero. Y la culpa callada es un cilicio de espinas que nos atormenta de día y de noche. No hay paz para el que engaña, ni sosiego para el que oculta una falta grave. Abrid vuestro corazón a Dios, confesad vuestras culpas. La verdad os hará libres, aunque al principio os duela.

El Chispa se removió incómodo en su sitio, sintiendo que el sudor le perlaba la frente. Y en su rincón oscuro, los hombros de doña Elvira se estremecieron por un sollozo que pugnaba por salir. El sacerdote, pareciendo adivinar el sentir de todos, concluyó:

—No temáis, pues, a la verdad. Abrid vuestras almas. Sed humildes de corazón, sinceros de palabra y honrados de obra. Y la Virgen del Olvido, que es Madre de Misericordia, no olvidará vuestras faltas, sino que las lavará con el perdón de su divino Hijo, y os devolverá la paz que el mundo no puede dar. Amén.

El sermón había terminado. Pero sus palabras quedaron flotando en el aire de la ermita, y cada alma allí presente sintió que habían sido pronunciadas únicamente para ella.

Terminada la misa, la gente salió de la ermita y volvió a la explanada para dar cuenta de las viandas que traían. El ambiente era ahora más sosegado, impregnado de la unción que había dejado el sermón. Sin embargo, la calma que precede a la tempestad es siempre la más profunda.

El primer trueno de esa tempestad estalló cerca del puesto del panadero, y tuvo por protagonista al desventurado hijo del herrero. El mozo, a quien el Chispa había vendido su bálsamo por la mañana, comenzó a quejarse de un picor insoportable en el tobillo. Se quitó la alpargata y un grito de asombro y espanto salió de todos los que lo rodeaban. El tobillo y parte de la pierna estaban rojos, hinchados y cubiertos de unas ronchas alarmantes.

—¡Es el bálsamo del curandero! —gritó la madre del muchacho, llena de furia—. ¡Nos ha engañado! ¡Ha envenenado a mi hijo!

El Chispa, que se encontraba cerca, palideció y trató de escabullirse, pero ya era tarde. La gente lo rodeó con gesto amenazador. Por fortuna para él, en el corro se encontraba don Andrés, el médico del pueblo, hombre de ciencia y de pocas bromas. Se abrió paso con autoridad, examinó la pierna del mozo y luego pidió que le trajeran el tarro del famoso ungüento. Lo abrió, lo olió, y una sonrisa de desprecio se dibujó en sus labios.

—No teman, buena mujer —dijo a la madre—. Su hijo solo tiene una urticaria producida por la porquería que le han puesto. Agua fresca y un paño limpio, y en un par de horas no tendrá nada. —Luego, levantando el tarro para que todos lo vieran, sentenció con voz clara—: Y en cuanto a este bálsamo milagroso, les informo que se compone de dos ingredientes principales: manteca de cerdo rancia y un poco de romero para disimular el olor. Bueno, tal vez, para engrasar los ejes de un carro. Para el cuerpo humano, es una estafa y una inmundicia.

Una carcajada general y estrepitosa fue la respuesta de la multitud. La humillación del Chispa fue completa. Abucheado y escarnecido, tuvo que devolver el dinero a todos los que le habían comprado su pócima y marcharse de allí con las orejas gachas, sirviendo de viva lección sobre el triste fin que aguarda siempre a la mentira y la codicia.

Mientras la comedia popular llegaba a su fin, el drama silencioso de doña Elvira alcanzaba su punto culminante. Deshecha por el sermón, con el alma a la intemperie, sentía que no podía soportar un minuto más el peso de su secreto. Con una decisión que la sorprendió a ella misma, se levantó y se dirigió a la sacristía, donde sabía que encontraría al padre Damián. El buen sacerdote la recibió con una mirada compasiva.

—Padre, necesito confesarme —dijo ella con voz rota.

Y allí, en la quietud de aquella pequeña estancia que olía a incienso y a cera, doña Elvira

desató el nudo que había apretado su garganta durante cuarenta años. Llorando sin consuelo, relató la historia de su amor prohibido, de su falta, y de la hija que abandonó. El padre Damián la escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Cuando ella terminó, agotada y vacía, el sacerdote le puso una mano en el hombro.

—Hija mía, Dios ha visto tu arrepentimiento durante todos estos años. Tu penitencia ha sido larga y dura. Debes saber que yo conozco esa historia. La panadera es tu hija, sí. Es una mujer buena y honrada, una esposa fiel y una madre excelente. ¿Qué ganarías ahora revelando la verdad? Solo llevarías la turbación a un hogar feliz y mancharías la honra de una inocente. La verdadera penitencia que Dios te pide ahora no es la del escándalo, sino la de la caridad. Ayuda a esa familia desde la sombra. Vela por ellos sin que lo sepan. Reza por su felicidad. Esa será tu redención y el consuelo para tu vejez.

Las palabras del sacerdote fueron un bálsamo para el alma de doña Elvira. Por primera vez en cuarenta años sintió que una paz inmensa, una paz verdadera, inundaba su ser. Su carga había sido levantada.

Pero aún faltaba por estallar el último y más fragoroso de los secretos. Antoñona, que no había quedado satisfecha con el desenlace del sermón, buscó a don Pedro. Con una sonrisa melosa que mal disimulaba el veneno de su intención, le dijo:

—¡Qué devoción la del joven Javier, don Pedro! No le ha quitado los ojos de encima a la señorita Ana en toda la misa. ¡Un amor tan humilde es de lo más edificante!

La insinuación fue como una chispa en un polvorín. El orgullo de clase de don Pedro, herido ya por el sermón, estalló en una furia ciega. Atravesó el gentío y se plantó delante de Javier, que conversaba tranquilamente con otros mozos.

—¡Tú, gañán! —le espetó con una voz que hizo volverse a todo el mundo—. ¿Con qué derecho te atreves a levantar tus ojos hacia mi hija? ¿Acaso piensas que la honra de los Valcárcel está al alcance de un muerto de hambre? ¡No vuelvas a mirarla ni a dirigirle la palabra en tu vida!

Un silencio sepulcral cayó sobre la explanada. Javier se puso rojo de vergüenza y de ira pero, en lugar de amilanarse, una dignidad inesperada le irguió la espalda. Miró a don Pedro a los ojos y respondió con voz firme y respetuosa:

—Señor Valcárcel, mi pobreza no me roba la honra, y mi corazón es tan limpio o más que el de otros que tienen más caudales. Es verdad que amo a su hija, la amo con todo el respeto y la decencia que un hombre honrado puede sentir. Y ese sentimiento no es ofensa para nadie.

El atrevimiento de la respuesta dejó a don Pedro sin habla por un instante. Pero antes de que pudiera replicar, ocurrió lo inesperado. Ana, que lo había visto todo desde la carreta de su familia, bajó de un salto y se acercó a ellos, con el rostro pálido pero los ojos llenos de determinación.

—¡Padre! —dijo con una voz clara que resonó en todo el corro—. Javier no ha dicho más

que la verdad. Su cariño es honrado, y yo lo correspondo. Y prefiero mil veces un amor honrado en la pobreza que un matrimonio rico sin amor.

El escándalo era ya público. La hija del hombre más rico del pueblo, desafiando a su padre delante de todos, por defender el amor de un jornalero. La multitud contenía el aliento, a la espera del desenlace de aquel drama que había sacado a la luz la más pura de las verdades: la verdad del corazón.

Capítulo IV: El regreso y la moraleja

La audaz declaración de Ana cayó en medio de la explanada con el efecto de un rayo en un día sereno. Un estupor profundo se apoderó de la multitud, que contenía la respiración, a la espera de la inevitable explosión de cólera de don Pedro. Este, con el rostro congestionado por una furia que le ahogaba las palabras, miraba a su hija con incredulidad, ultrajado en lo más vivo de su orgullo. ¡Su propia hija, sangre de su sangre, desafiando su autoridad ante el pueblo entero por un simple jornalero! La deshonra le parecía tan grande que por un momento no acertó a moverse ni a hablar.

Fue entonces cuando el padre Damián, con la calma y la autoridad que le daban sus años y su ministerio, se adelantó y se interpuso entre el padre y los jóvenes amantes. A su lado, algunos de los ancianos más respetados del pueblo, hombres de buen juicio y palabra sentida, formaron un círculo de prudencia en torno al foco del conflicto.

—Don Pedro —dijo el sacerdote con voz grave pero serena—, sofoque usted esa cólera, que es mala consejera del alma. Ha oído a su hija. Ha visto la nobleza de este mozo, que no ha dicho una palabra que ofenda a la honra. ¿Acaso valen más unas fanegas de tierra que la virtud de un corazón? Acuérdesse de lo que nos enseña la Escritura: el orgullo precede a la caída.

Don Pedro intentó replicar, pero uno de los ancianos, un labrador de manos encallecidas y mirada limpia, se adelantó y dijo con el respeto debido a su hacienda:

—Con su permiso, don Pedro. Todos en Valdeblanco conocemos a Javier. Conocimos a su padre, que fue el hombre más cabal que ha pisado estas tierras, y el hijo ha salido a él. Su hacienda es corta, es verdad, pero su honradez es un tesoro. Bien dice el refrán que más vale yerno en alpargatas que ladrón con espuelas de plata.

Un murmullo de aprobación recorrió el corro. El pueblo, testigo de la escena, tomaba partido. La dignidad de Javier y la valiente lealtad de Ana habían conquistado el sentir de la comunidad, y esa sanción popular, silenciosa pero unánime, era una fuerza contra la cual ni el orgullo de don Pedro podía luchar. El rico hacendado se vio cercado: por la autoridad de la Iglesia, por el respeto a sus mayores y por la callada censura de sus convecinos. Su furia se desinfló, dejando en su lugar el poso amargo de una derrota pública. Miró a su hija, miró al mozo, y sin decir una palabra, con un gesto brusco y contrariado, se dio la vuelta y se dirigió a su carreta.

Aquel gesto fue su rendición. No hubo palabras de perdón ni de consentimiento, pero todos entendieron que el orgullo había capitulado. Don Pedro permitió que Javier, en el camino de vuelta, caminase junto a la carreta, un palmo por detrás de Ana. Era una concesión mínima, arrancada a regañadientes, pero significaba un mundo. ¡Ved aquí, lector amigo, cómo la fuerza mansa de la virtud es capaz de doblegar la más enriscada soberbia!

El regreso a Valdeblanco se hizo en una atmósfera muy distinta a la de la mañana. El sol, ya bajo en el horizonte, teñía el cielo de tonos anaranjados y violetas, y extendía sobre el campo una luz melancólica y dulce que invitaba al recogimiento. Los cantos habían cesado; solo se oía el traqueteo de las ruedas y las conversaciones en voz baja. La romería, tras haber agitado las almas, parecía ahora mecerlas en una cuna de paz.

Ana y Javier caminaban en silencio, pero sus corazones conversaban en un lenguaje que no necesita de sonidos. De vez en cuando, sus miradas se cruzaban, llenas de una felicidad tan nueva y tan profunda que casi les daba miedo. La humilde amapola que él le había dado en la fuente asomaba ahora, victoriosa, en el corpiño de la muchacha, convertida en estandarte de su amor triunfante.

En otro carro, doña Elvira rezaba el rosario. Su rostro, por primera vez en muchos años, no reflejaba la congoja de una penitente, sino la serenidad de un alma que ha encontrado el perdón. Ya no miraba a la familia del panadero con angustia, sino con una ternura secreta, con el amor anónimo de quien vela por los suyos desde la distancia. Su secreto no había sido revelado al mundo, pero, al confesarlo a Dios, se había transformado de pesada carga en santa misión.

A la zaga de la comitiva, solo y cabizbajo, caminaba el Chispa. El peso de la burla pública le había encorvado los hombros. Su bolsillo estaba vacío y su fama de curandero, deshecha. Iba escarmentado, habiendo aprendido por la fuerza que el engaño es pan para hoy y hambre para mañana. Y Antoñona, la cizañera, mascullaba su despecho en silencio, pues la verdad de los corazones había resultado ser más fuerte que el veneno de su lengua.

Epílogo

Al anochecer, la comitiva entró en las primeras calles del pueblo. Las gentes, cansadas del cuerpo pero ligeras de espíritu, se fueron dispersando hacia sus hogares, llevándose consigo las vivencias y las lecciones de la jornada. Las luces comenzaron a encenderse en las ventanas, y una paz profunda descendió sobre Valdeblanco.

Así termina, benévolo lector, el relato de esta memorable romería, que bien podría llamarse la Romería de las Verdades. Porque en ella se demostró, una vez más, que no hay designio humano que pueda torcer los planes de la Providencia. Se vio cómo el amor puro y honrado, aunque nazca en la humildad, tiene más fuerza y valor que todos los caudales de la tierra. Se comprobó que no hay culpa tan antigua que no pueda ser redimida por un arrepentimiento sincero, ni paz más duradera que la que nace de una conciencia limpia. Y se aprendió que la mentira y el engaño tienen las patas muy cortas, y que el orgullo es un castillo de arena que el soplo de la verdad derriba sin esfuerzo.

La Virgen del Olvido, en su ermita solitaria, había escuchado las plegarias de sus hijos. No había olvidado sus faltas, sino que les había concedido la gracia de enfrentarse a ellas. Y, al hacerlo, les había regalado el verdadero olvido: el olvido del tormento, de la zozobra y del rencor.

El pueblo entero, purificado en sus pasiones y fortalecido en sus virtudes, podía ahora dormir en paz, bajo la callada bendición de las estrellas.